

[pp. 226-230]

<https://dx.doi.org/10.12795/Fedro/2022.i22.10>

Manuel Barrios Casares, *La vida como ensayo y otros ensayos*. Kundera, Benjamin, Ortega. Athenaica Ediciones, Sevilla, 2021.

Marta Zamora Troncoso
Universidad de Sevilla

El conflicto entre filosofía y literatura parece que lleva existiendo en nuestra cultura desde los inicios del caminar filosófico —en *Filosofía y Poesía*, María Zambrano sitúa su origen en la condenación de la poesía por Platón—. Manuel Barrios Casares (Sevilla, 1960), catedrático de Metafísica de la Universidad de Sevilla, ha publicado recientemente *La vida como ensayo y otros ensayos: Kundera, Benjamin, Ortega* (Athenaica Ediciones, 2021), una recopilación de ensayos y conferencias donde explora las correspondencias entre filosofía y literatura. Desde un punto de vista crítico y problematista y con una metodología genealógica, este compendio tan aparentemente dispar en cuanto a autores y temáticas —desde Vico hasta Nietzsche, Walter Benjamin, pasando por Milan Kundera, Cervantes, Ortega y Gasset y Heidegger— comparte una *sintonía* común: el nexo del ejercicio filosófico con la narrativa, sus fronteras y sus lugares comunes, motivos que, nos dice el autor sevillano, ya eran frecuente en su modo de concebir el ejercicio de la filosofía.

En el sugerente y completo ensayo que abre este libro, homónimo a su título: *La vida como ensayo. Experiencia e historia en la narrativa de Milan Kundera* (pp. 17-66),

se exponen claramente estas relaciones a raíz de las consideraciones que Kundera hace acerca de ese aparente conflicto que parece existir entre los territorios de la filosofía y la novela, a saber, el de la verdad y el de la ficción, respectivamente —“en definitiva, dos accesos al fructífero campo de la experiencia, con contrastes y paralelismos interesantes”— (p. 22). No faltarán las referencias a su famoso texto *El arte de la novela*, donde el autor checo expone su teoría de la novela bajo el lema “la desprestigiada herencia de Cervantes”; pero también a sus propias novelas —*La insoportable levedad del ser*, *La inmortalidad*, *La broma*—.

Mediante una genealogía y un análisis de su estilo narrativo, Barrios Casares afirmará que la poética de Kundera se encuentra más cercana a la novela de la primera época, *primera novela moderna*, que al modelo de novela realista decimonónica. Tampoco compartirá el modelo de la *Bildungsroman* o novela de formación, al hacerse una reivindicación de la peripecia y la experiencia singular en lugar de una *teleología*, cuyo paradigma se encontraría en novelas como el *Wilhelm Meister* goetheano, donde, en palabras de Schlegel, “hasta el azar se comporta como un hombre culto”.

Siendo sus personajes una réplica irónica a la concepción metafísica moderna del sujeto, “sabiduría de lo incierto, reconocimiento de la ignorancia primordial o inexperiencia ontológica en la que discurre la vida humana” (p. 59), en palabras de Barrios Casares, Kundera se burla así de los grandes *metarrelatos* de emancipación tan propios de la edad moderna; pues, por ejemplo, añade, en *La insoportable levedad del ser* “no es por ineluctable necesidad histórico-universal, sino por azares de la vida por lo que un buen día Tomás conoce casualmente a Teresa” (p. 61) y “su amor, como la rosa, es sin porqué” (p. 63).

El juego con lo contingente, aspecto del que sería un error prescindir, como sí hizo la dominante razón *excluyente*, en términos del pensador alemán Odo Marquard, que ha gustado de tratar con seriedad los temas más serios, y el canto a la risa y al llanto como catalizadores de la comprensión de lo inesperado, partícipes de una razón *inclusiva*, son algunos de los aspectos que la literatura tiene quizá que enseñar a la filosofía. Así, uno de los elementos que se hace *leitmotiv* en sus ensayos, en especial, en los dos primeros, es la experiencia del hombre pos-moderno, aquel que deambula por las calles del tiempo como el *flâneur*, sin rumbo fijo, sin grandes relatos de emancipación que justifiquen de una vez, en nombre de una Historia en mayúsculas, la totalidad de su existencia. En definitiva, un hombre que, al igual que el personaje de una novela, tiene un camino por serle escrito.

El segundo ensayo, *Pobreza de experiencia y narración. Un paseo por los alrededores de Walter Benjamin* (pp. 67-82), trata sobre el lúcido diagnóstico que en su breve artículo, *Experiencia y pobreza*, Walter Benjamin dio a la generación posterior a la

Gran Guerra con una lucidez sobresaliente, a saber, la pérdida de la *capacidad para contar historias* debido al vacío y angustia vividos. Una *crisis de la narrativa* que se expande al ámbito de la experiencia vivida; por lo tanto, *crisis de la Filosofía de la Historia*, que, bien podemos expedir a nuestros días. Mas, apunta Barrios, “justo en este desposeimiento radical halla Benjamin la posibilidad de un nuevo inicio” (p. 73), es decir, de reinventar la realidad no buscando de forma nostálgica la *plenitud perdida* de la existencia, sino de la mano de la extrañeza, la ironía y el reconocimiento, del carácter *experimental* de la existencia tras esa muerte de la Historia en mayúsculas. En este sentido, Barrios Casares considera que el berlinés —al igual que Nietzsche utilizara en su escritura recursos como la ironía y la mordacidad propias del género de la comedia, que apenas habían sido asimilados por el discurso filosófico hasta entonces, consecuencia de la ruptura en la creencia en que la filosofía nos asistiría con algo así como un *fundamentum inconcussum veritatis*— aporta nuevos modelos para dar con otras interpretaciones *narrativas*. Sólo desde una concepción *narrativa* de la existencia, de la aceptación de lo posible, podemos admitir, como lo hizo Benjamin en *El narrador*, la legitimidad de la pregunta: “¿y cómo sigue?”.

Le sigue «*Filiación viquiana*». *Reflejos de Vico y la tradición del humanismo retórico en Walter Benjamin* (pp. 83-124), un original ensayo en el que Barrios Casares aporta una visión crítica del *humanismo retórico*, aquel que puso el foco en el contexto, en la palabra, sin visos de universalizar a la manera de la filosofía racionalista, que se inició en la tradición renacentista y pusieron en pie autores del Barroco como Vico —y en España, Vives y Gracián—, para preguntarse si es cierto aquello de que en él se abandona, como pensaría Grassi, ese sesgo metafísico por el que Heidegger pensará que olvida al ser; si se puede, sin más, en el contexto posmoderno, sustituir lo *epistémico* por lo *retórico*. De forma novedosa, sin caer en un «difuso contextualismo», o un pragmatismo resignado a no poder conocer verdades generales, ni en un antropocentrismo metafísico que Heidegger rechazaría, se remite para resolver dicho problema a Walter Benjamin, en quien ve un receptor de las ideas de Vico acerca de ese otro humanismo.

En *Novela, teoría y circunstancia en las Meditaciones del Quijote* (pp. 125-146), texto hasta ahora inédito en español, el autor sevillano hace un repaso sobre la primera obra publicada de Ortega y Gasset para establecer que en ella existen tres Ortegas: el *teórico de la vida*, el *teórico de la novela* y el *teórico de la circunstancia española*, razón, entre otras, por la que *Meditaciones del Quijote* ha suscitado tanto relevancia como heterogeneidad de interpretaciones. En este ensayo, Barrios Casares defiende que en dicha obra Ortega no sólo demuestra ser un gran esteta, crítico de la novela y la cultura a propósito de la novela cervantina, sino, asimismo, un filósofo que escribe acerca de la vida humana y el método para acercarnos a conocerla —según Barrios, es

correcto decir que en ella Ortega se encontraría en un primer atisbo de fenomenología mezclado con otras diversas fuentes germánicas—; pero, además, con una profunda preocupación por el contexto sociopolítico español. Nos muestra, asimismo, la clave hermenéutica de cierta melancolía que aporta Ortega con respecto al Quijote: al igual que pensaría Hegel, “Ortega ve en la novela un género que escarmienta frente al idealismo de la literatura caballeresca” (p. 137).

La cruz y los caramelos (Nostalgia del humanismo) (pp. 147-186) es el texto revisado de una intervención en el congreso internacional *Humanismo para el siglo XXI*, en el que se pregunta acerca del papel del arte como catalizador de las ideas humanistas en el arte de hoy, haciendo hincapié en cómo las ideas estéticas de la modernidad asentaron las brechas, que posteriormente se acentuaron en el arte de las vanguardias, entre lo representado y la realidad, a veces influidas por un anti-humanismo, otras por una nostalgia de este. Sirviéndose de artistas como Friedrich o González-Torres, y autores como Nietzsche o Heidegger, Barrios Casares hace una hermenéutica de la mirada del sujeto no solo moderno, sino posmoderno, hacia temas como la identidad y lo sagrado.

Por último, cierra el libro *De la utilidad e inconveniente de la «filosofía para la vida» (veinte años después)* (pp.187-208), una polémica intervención que el autor sevillano pronunció en el *Primer Congreso Iberoamericano y de habla hispana para el asesoramiento y la orientación filosófica* celebrado en la Universidad de Sevilla en el año 2004, donde de manera audaz hace una crítica —que, en sus propias palabras, sigue siendo merecida— la corriente de filosofía práctica, también llamada *filosofía aplicada, orientación filosófica* o *filosofía para la vida*. Excesivamente complaciente con el *statu quo*, Barrios Casares considera que esta nueva literatura proveniente de la autoayuda carece de *filosofía* propiamente dicha, esto es, de “una elaboración conceptual rigurosa de saberes enclavados históricamente digna de tal nombre”, presentando, en su lugar, una serie de razonamientos elaborados en abstracto para ser tomados “a gusto del consumidor” (p. 190). Al entender la corriente encabezada por Marinoff la filosofía más como la cosmovisión y sistema de creencias que cada sujeto tiene, lo que provoca es que sus *clientes* no desarrollen un mínimo interés por la lectura de sus textos; cuya genealogía se encuentra, según Barrios, en la denostación que se ha venido dando hacia el posmodernismo filosófico con su consiguiente consideración, por algunas corrientes —consecuencias que se pueden sustraer de la concepción de Richard Rorty del fin del esencialismo metafísico—, de la filosofía como una mera forma de literatura más. Sin embargo, el estilo teórico y crítico de la filosofía —que no debe identificarse con aquellas corrientes más escolásticas, a las cuales se les puede reprochar “su pobre conceptualización del presente” (p. 201), para así desdibujar la falsa dicotomía que se considera que existe entre pensamiento

aplicado a la vida y pensamiento *abstracto* (“especulativo”)— no consiste en producir, al modo neoliberal, soluciones y cosmovisiones, sino que repara tardíamente en lo que conocemos para llegar a re-conocerlo. Como enseñó Hegel, sólo así seremos libres.

Al haberse mantenido y defendido a lo largo de la obra los aspectos que caracterizan a la filosofía como el rigor conceptual, el pensamiento radical, la crítica social y cultural, el problematismo, y sin caer en un mero “cultivo caprichoso del yo” (p. 195), el lector encontrará relevante la lectura de un libro como este, que enhebra dos temas que nos compelen en especial a quienes gustamos de apreciar —y también, algunos valientes, ejercer— el arte de la escritura ya sea mediante la filosofía o la novela. Si bien no deben ser confundidas, uno siempre encuentra especial cobijo tanto en aquellas novelas que hacen reflexionar sobre lo *humano, demasiado humano* de nuestra condición, como en el texto académico que te da un respiro con algún guiño literario. Desde aquí reivindicamos la presencia en textos filosóficos de toda aliteración, metáfora, antítesis o anáfora que cree, en lugar de difíciles, aburridas e ininteligibles oraciones subordinadas, melodías. Queremos que una novela no solo nos entretenga o conmueva, sino que haga funcionar nuestra capacidad de cuestionarnos sobre la existencia. Queremos, respetando la genealogía y ámbitos de cada disciplina, tensionar sus límites, haciendo honor a la *prestigiosa* herencia de Cervantes. Porque si la literatura es filosófica, así como si la filosofía es literaria, convence y seduce. Y de eso se trata. De querer seguir leyendo.